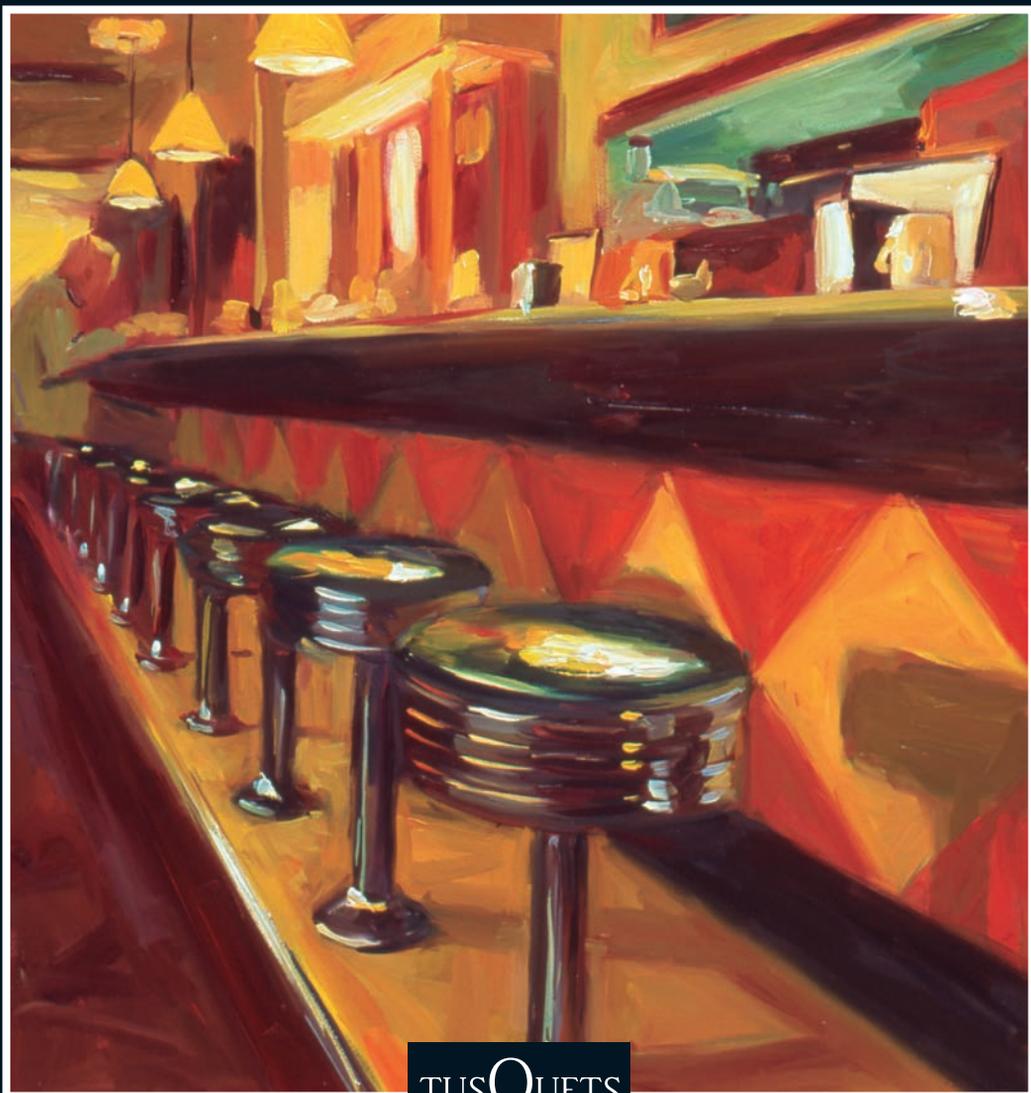


Haruki Murakami

ESCUCHA LA CANCIÓN
DEL VIENTO
y PINBALL 1973

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

HARUKI MURAKAMI
ESCUCHA LA CANCIÓN DEL VIENTO
y PINBALL 1973

Traducción del japonés
de Lourdes Porta

TUSQUETS
EDITORS

Título original: *Kaze no uta o kike* y *1973-nen no pinbooru*

1.ª edición: octubre de 2015

Escucha la canción del viento: © 1979 by Haruki Murakami
Pinball 1973: © 1980 by Haruki Murakami

© de la traducción: Lourdes Porta Fuentes, 2015
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-173-4
Depósito legal: B. 17.940-2015
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.
Impreso por Cayfosa (Impresia Ibérica)
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

El nacimiento de las novelas escritas en la mesa de la cocina	
Prólogo a dos novelas breves	9
Escucha la canción del viento	25
Pinball 1973	137

«La escritura perfecta no existe. De la misma forma que tampoco existe la desesperación absoluta.» Esto me lo dijo un escritor al que conocí por casualidad cuando yo era estudiante universitario.

Sólo mucho tiempo después logré comprender el auténtico significado de aquellas palabras, o al menos supe interpretarlas de modo que me proporcionaran algún consuelo: «La escritura perfecta no existe».

Sin embargo, como era previsible, a la hora de escribir me sumía siempre en la desesperación. Porque el ámbito de las cosas sobre las que podía escribir era demasiado reducido. Aunque lograra contar, por ejemplo, algo sobre los elefantes, sería incapaz de decir ni una sola palabra sobre quién se servía de ellos. A eso me refiero.

Durante ocho años me vi inmerso en este dilema... Ocho años. Eso es mucho tiempo.

Claro que envejecer no es tan duro si te mantienes receptivo a aprender lo que sea sobre cualquier cosa. Al menos eso dicen.

Poco después de cumplir los veinte, adopté esta postura vital y desde entonces siempre me he esforzado en man-

tenerla. Como consecuencia de ello, los demás me han asediado duros golpes, me han engañado, han malinterpretado mis palabras; pero, al mismo tiempo, he vivido un sinfín de experiencias insólitas. Mucha gente distinta se ha acercado a contarme sus historias, ha pasado sobre mí con fuertes y sonoras pisadas, como si cruzara un puente, y luego se ha alejado y no ha vuelto jamás. Mientras tanto, yo he permanecido inmóvil, con la boca cerrada, sin pronunciar palabra. Y así he llegado al final de la veintena.

Ahora voy a contar una historia.

Ni que decir tiene que aún no he resuelto ningún problema y que, cuando acabe de contarla, es posible que la situación siga siendo justo la misma. Porque, en definitiva, escribir no es un método de autoayuda: como mucho, es una humilde tentativa.

Sin embargo, hablar con sinceridad es algo terriblemente difícil. Cuanto más sincero intento ser, más se van hundiendo las palabras en la oscuridad.

No intento justificarme. Al menos estas líneas son, hoy por hoy, lo mejor de mí mismo. No tengo nada más que añadir. Con todo, pienso lo siguiente: «Si todo va bien, dentro de mucho tiempo, años o décadas, tal vez descubra que me he redimido. Y, entonces, quizás el elefante vuelva a la llanura y yo pueda empezar a describir el mundo con palabras más hermosas».

*

Gran parte de lo que sé sobre escritura lo he aprendido de Derek Heartfield. Quizá debería decir que casi todo. Desafortunadamente, el propio Heartfield era, en todos los

sentidos, un escritor estéril. Quien lea su obra lo entenderá. Sus textos son difíciles de leer; sus argumentos, absurdos; sus temas, pueriles. Con todo, también fue uno de los contados escritores excepcionales que lograron esgrimir su prosa como un arma. Comparado con autores coetáneos suyos como Hemingway o Fitzgerald, no creo que la postura combativa de Heartfield desmerezca en absoluto la de aquéllos. En fin, ésa es mi opinión. Sólo que, por desgracia, Heartfield no fue capaz de vislumbrar claramente, hasta el final, cuál era la figura de su adversario. A fin de cuentas, eso es lo que significa ser estéril.

Tras librar esta lucha estéril durante ocho años y dos meses, Heartfield murió. Una soleada mañana de domingo del mes de junio de 1938 saltó al vacío desde la azotea del Empire State Building con un retrato de Hitler en la mano derecha y un paraguas abierto en la izquierda. Su muerte dio tan poco que hablar como lo había dado su vida.

Durante las vacaciones de verano de tercero de secundaria, mientras sufría una grave afección cutánea en la entropierna, cayó en mis manos una copia del primer libro de Heartfield, cuya edición ya estaba agotada. Me la dio mi tío, quien, tres años después, padecería un cáncer intestinal y acabaría muriendo con gran sufrimiento. La última vez que lo vi, los médicos lo habían intubado de arriba abajo por todos los orificios de entrada y de salida de su cuerpo y estaba tan arrugado y con un color de piel tan achocolatado que parecía un viejo mono de rostro astuto.

*

Yo tenía tres tíos en total. Uno murió en las afueras de Shanghái. Tres días después de acabar la guerra, pisó una

mina que él mismo había enterrado. Mi tercer tío, el único que me queda, es prestidigitador y va recorriendo los balnearios de todo el país.

*

Sobre un buen texto literario, Heartfield decía lo siguiente: «El acto de escribir, justamente porque es un acto, consiste en medir la distancia que existe entre el yo y las cosas que nos rodean. Lo que se necesita no es sensibilidad, sino *una regla*» (*Si tú estás bien, ¿dónde está lo malo?*, 1936).

Sería el año en que murió el presidente Kennedy cuando yo empecé a observar tímidamente cuanto me rodeaba con una regla en la mano, y desde entonces ya han transcurrido quince años. Durante estos quince años me he ido desprendiendo realmente de muchas cosas. Igual que un avión con el motor averiado que, para aligerar peso, arroja el equipaje, arroja los asientos y, por último, arroja a los infelices auxiliares de vuelo, a lo largo de estos quince años me he ido desprendiendo de casi todo y, como contrapartida, no he conservado casi nada.

No puedo tener la certeza de haber obrado bien. Es cierto que hacerlo me ha producido alivio, pero me aterra pensar qué ocurrirá cuando envejezca y se acerque la hora de mi muerte. Porque después de incinerarme no quedará de mí ni un solo hueso.

«Quien tiene el corazón oscuro sólo puede tener sueños oscuros. Quien los tiene aún más oscuros ni siquiera sueña», solía decir mi difunta abuela.

La noche en que mi abuela murió, lo primero que hice fue alargar la mano y cerrarle suavemente los ojos. Mientras le bajaba los párpados, los sueños que ella había abrigado a lo largo de setenta y nueve años se esfumaron en silencio,

sin dejar rastro, igual que las gotas de un aguacero de verano revientan contra el asfalto de la calle.

*

Voy a decir una cosa más sobre la escritura. Y será la última.

Para mí, escribir es una tarea terriblemente angustiada. Hay veces en que soy incapaz de escribir una sola línea en todo un mes, otras en las que todo lo que escribo de corrido durante tres días y tres noches resulta ser, a fin de cuentas, un despropósito.

A pesar de ello, la tarea de escribir también puede ser divertida. Porque, en comparación con las adversidades de la vida, al escribir es muy sencillo darle sentido a todo.

Fue en mi adolescencia cuando descubrí este hecho y me quedé tan sorprendido que no logré articular palabra durante una semana entera. Sólo con que prestara atención a cuanto sucedía a mi alrededor podría disponer del mundo a mi voluntad, cambiaría todos los valores, alteraría el curso del tiempo...

Por desgracia, no me di cuenta de que era una trampa hasta mucho después. Un día tracé una línea en mitad de la página de un cuaderno: a la izquierda, apuntaría todo lo que había ganado, y a la derecha, todo lo que había perdido. Las cosas que había perdido, las cosas que había pisoteado, las cosas que había abandonado mucho tiempo atrás, las cosas que había sacrificado, las cosas que había traicionado..., eran tantas que no fui capaz de acabar la lista.

Se abría una profunda brecha entre lo que me esforzaba en comprender y lo que realmente comprendía. Y, por más larga que fuera la regla que sostuviera en la mano, jamás po-

dría medir una profundidad semejante. Lo único que fui capaz de hacer fue elaborar una simple lista. No era una novela, no era literatura, tampoco era arte. No era más que la hoja de un cuaderno con una línea trazada en medio. Aunque si hablamos de enseñanzas, tal vez sí me deparara alguna.

Si te interesan el arte, o la literatura, lee a los griegos. Porque, para que sea posible crear verdadero arte, la esclavitud resulta imprescindible. Como en la Antigua Grecia. Allí los esclavos cultivaban la tierra, preparaban la comida, remaban en los barcos y, mientras tanto, los ciudadanos, bajo el sol del Mediterráneo, se dedicaban a componer poemas, a resolver problemas matemáticos. Eso es arte.

Alguien que a las tres de la mañana rebusca en el interior de la nevera de su cocina no puede escribir más que esto que escribo.

Y esto que escribo soy yo.

2

Esta historia empieza el 8 de agosto de 1970 y acaba dieciocho días después, es decir, el 26 de agosto del mismo año.